

VICENTE VALLES

FORTUNA Y EMPRESAS DE UN ESCULTOR

EN el estudio de Vicente Vallés parece remansarse el tiempo bajo la serenidad de una atmósfera limpia, propicia en extremo al estudio, la proyección y la creación artística. Porque ningún otro clima mejor que el de aquella pacífica convivencia urbana, de la emotiva plazuela de Mesnaderos, se hallaría entre los rincones típicos de nuestra ciudad. Vive y palpita allí un pasado antañón, entre la encrucijada pintoresca, revalorizado por la artesanía artística de los oficios suntuarios y animado en ocasiones por la canción laboriosa de una fragua vecina, que halla sonoro contrapunto, litúrgico, en el címbalo de cierta espadaña conventual.

Tal es el ambiente que le circunda desde su nacimiento. Y nada plácido, por cierto, en los años infantiles, cuando los cañonazos y la metralla aérea tiñen frecuentemente de sangre y luto nuestras calles durante la porfía, contumaz, de veinte meses de asedio. Luego, bajo el signo de la Cruz y el caudillaje de Franco, la paz renacida es una invitación salutífera al recobro de las actividades suspendidas. Y entonces es cuando Vallés da libre curso a sus aficiones artísticas, que, cabalgando sobre el pegaso inquieto de su fantasía juvenil, van cuajando en sucesivas láminas de dibujos, sumarios y balbucientes si se quiere, pero ya con la ingrátida belleza de una espontaneidad que sitúa cierta latente vivencia estética. Paulatinamente van aflorando sus facultades con trazos firmes y seguros, cada vez mejores, dentro de una más clara visión temática que intuye la línea y la proporción, siquiera sea sin sujeción a cánones artísticos. Pero lo cierto es que aquellos apuntes vigorosos suscitan una austera emoción, si son de asunto religioso, y, si profano, una fulgurante llamarada, cual si los ojos presintieran matizaciones en la conjugación, todavía elemental, de luces y sombras. También destaca en bocetos escultóricos de apurada y vigorosa plástica, que prometen un futuro halagüeño.

No tardan en ser conocidos dentro de los medios culturales y artísticos, que debidamente saben valorarlos, orientando al entonces muchacho para hacer del Arte norma de su vida. Y esa grácil y ensoñadora vocación que de preludeo puede tornarse en plenitud, adecuada-

mente encauzada, logra una eficaz protección personificada en la Gestora Provincial que le otorga en 1942 una beca para estudios en Madrid.

Sin la apoyatura natural, de asistencia a una Escuela de Artes y Oficios semeja empresa quimérica pretender ingresar en la Superior de Bellas Artes de San Fernando, y más todavía «sin saber que era dibujar del yeso», práctica previa que requiere dos años, siquiera, de aprendi-



VALLÉS: Busto de Ramón y Cajal

zaje. Pero Vallés, que jamás tuviera hasta entonces ninguna estatua de modelo, una vez en la capital de España, busca el Museo de Reproducciones Artísticas con afán de preparación intensiva. Y en el casón del Retiro, cuya venerable claridad da una sensación efectiva de frigididad acrecida por la marfileña unanimidad de aquella paganía mitológica, se constituye en «permanencia» constante—valga la paradoja—todos los días y horas hábiles, enfrascado en una labor agotadora. Así transcurren cuatro meses de autodisciplina espartana, copiando incesantemente, al carbón, los escorzos más diversos de la estatuaria clásica, para actualizar

sus aptitudes al logro de una plenitud que exigen las reglas del Arte. Y aquellos mismos hados y lares y penates olímpicos le son propicios, porque ciñen las sienas del estudioso porfiado con los mirtos del ingreso y del primer curso que, como alumno libre, aprueba seguidamente, reduciéndole a cuatro los cinco cursos de sus estudios superiores.

Alumno aprovechado, cada vez con un sentido mayoritario de la responsabilidad que le incumbe, obtiene, sucesivamente, diplomas de mérito, de honor y premios en las asignaturas más afines con sus aptitudes preferentes: esto es, con lo que a la escultura dice relación. Y así consagra sus ilusiones a la anatomía artística, al modelado del natural, a la talla de materiales, a la policromía, sin descuidar—no obstante—el resto de sus estudios, aunque derivando por el cauce de especialización profesional. Así conquista después en la competición de escultura Fundación Madrigal, el premio y las calificaciones de sobresaliente en modelado, talla y policromía. Finalmente, es propuesto por su profesor, el laureado escultor Pérez Comendador, para la Beca de dos años en la Escuela de Imaginería de Sevilla, culminación feliz de una preparación eficiente.

Reinstalado aquí, la Archicofradía de la Veracruz le encarga la ejecución del grupo escultórico de la Virgen, San Juan y María Magdalena al tamaño natural en madera policromada, obra de una calidad marcadamente expresiva dentro de las actuales tendencias plásticas, sin menoscabo del clásico modelado que las inspira. Esculpe también una Dolorosa con profundo sentido realista de la suprema angustia, tan difícil de interpretar con una técnica personal, sin el recurso de las mascarillas. En años sucesivos trabaja en varios tronos para antiguos grupos escultóricos de las procesiones de Semana Santa, absolutamente originales dentro del barroco español, con una pureza de líneas y un sentido artístico de las proporciones que los revaloriza y exalta. Una Virgen de la Soledad, después, nos muestra nuevas facetas inteligentes, en la más acabada manifestación que refleja el panorama de un bellissimo rostro, todavía sublimado por el dolor.

Con las obras sumariamente reseñadas y otras igualmente valiosas, dentro de un rígido criterio selectivo, se realizaron dos exposiciones magníficas que fueron justamente celebradas, por público y crítica, al reconocer el vital sentido estético y la personalidad lograda por el joven escultor mediante una técnica depurada y exigente.

Posteriormente, fué requerido por la Cofradía de San José para que proyectase un nuevo paso, en sustitución del antiguo, sobre el asunto evangélico de la entrada de Jesús en Jerusalén: el que, previamente aprobado, modeló después, resultando un severo conjunto escultórico, de planos majestuosos y grávidas formas, dentro de un sensible

naturalismo plástico. Pero no es únicamente la modalidad religiosa, con ser más conocida, la que da la tónica del profesionalismo de Vicente Vallés, fuertemente acentuada, además, por su devoción a los clásicos griegos, romanos y renacentistas, cuya estela guía también su técnica personal en relieves, figuras, medallones, frisos y retratos, con un sentido decorativo y emocional pródigo en calidades exquisitas.

Desde la torre de marfil de su estudio, que un refinado gusto preside en contraste delicioso de épocas y estilos diversos, armonizados diestramente, conversamos con amplitud sobre temas estéticos en general. Derivamos, seguidamente, hacia la pintura, escultura, grabado, y aun nos adentramos en la arquitectura, comentando, de pasada, la última Exposición Nacional, para la que Vallés tiene acertadas frases de ponderada crítica y elogiosos juicios a varios expositores—José Beulas, entre ellos, cuyos finos paisajes enaltece—. No falta el detalle confidencial referente al vivísimo deseo de preparar nuevas exposiciones propias, en populosas ciudades españolas y del extranjero, con obras de responsabilidad y decoro adecuadas a la magnitud del empeño.

Por entre las cortinas que nos separan del taller contiguo, y sobre rústico plinto, se adivina, borrosamente, un busto entre húmedos paños. Mas ni a la curiosidad deja lugar el instantáneo ademán del artista, que lo desvela de un tirón. El parecido es absoluto. Y aquella cabeza venerable del sabio histólogo resulta una síntesis acabada de clásica euritmia y empaque actual. No cabe mayor fidelidad interpretativa ni más acertada expresividad en la gloriosa efigie de Ramón y Cajal que ha de honrar nuestro nuevo Instituto de Enseñanza Media que lleva su nombre.

Con harto pesar abandonamos la grata compañía del artista mozo Vicente Vallés Valle. No sin fantasear «in mente», con la feliz coincidencia de las tres uves de sus iniciales con aquellas otras compendiosamente afortunadas de César: *Veni, vidi, vici*.

Nada más, y nada menos, de lo que su enfervorizada vocación artística se merece.

SALVADOR MARIA DE AYERBE